
 EDUARDO BRAIER



En aquesta secció, es publicaran crítiques i comentaris als articles que han aparegut amb anterioritat. L'objectiu d'aquesta secció és fer un debat per escrit que permeti un intercanvi permanent d'opinions i compartir iniciatives i experiències d'investigació.

PARA LUIS SALES

ACERCA DEL ARTÍCULO *REPRESIÓN ORIGINARIA (URVERDRÄNGUNG), UN CONCEPTO ABIERTO*

Intercanvis / Intercambios, n.º 34, junio 2015, pp 35-50

Querido compañero y amigo:

Ante todo, quiero felicitarte por el magnífico artículo del que eres autor, publicado en esta misma revista, acerca de la *represión originaria*, en ocasión de cumplirse cien años de la aparición de los trabajos de Freud sobre metapsicología, al tiempo que deseo iniciar un diálogo *inter/nos* respecto de este tema, tan importante como oscuro, tanto en lo que respecta a la génesis como a los contenidos de dicha represión.

A continuación, van algunos comentarios y reflexiones que tu artículo me ha suscitado.

Has realizado un rastreo de la bibliografía y una elaboración personal del concepto de *represión* en general que son encomiables, a lo que se suma la consulta a las distintas acepciones y traducciones de los términos en alemán empleados por Freud. Ello conforma una valiosa actualización, en especial del tema de la represión aquí llamada *originaria (Urverdrängung)*. También es de agradecer la claridad de tu texto, a la que nos tienes habituado, la que facilita considerablemente

la comprensión de un asunto cuyo abordaje ha venido siendo particularmente difícil.

Me parece acertada tu elección de la denominación *represión originaria* por sobre otras posibles y que han llevado no pocas veces a una cierta confusión o desorientación en torno al tema. Tal denominación es útil para identificar con la necesaria precisión esta hipótesis freudiana, dadas las razones que aduces en el trabajo. Así es como también le han llamado J. Laplanche y S. Bleichmar, entre otros, y así es como también yo, como tú, preferimos llamarle. Otra opción, aunque para mí satisfactoria en menor medida, sería la de *represión primordial*, que también utilizó en algún momento Freud. En cambio, el nombre de *represión primaria*, aunque fuera asimismo empleado por el creador del psicoanálisis, induce a una cierta confusión, o por lo menos requiere de ciertas aclaraciones y precisiones; con relación a la represión edípica, por ejemplo, de la que la *represión originaria* o *primordial* ha de ser diferenciada.

Lo que acabo de mencionar requiere una digresión sobre el particular: desde Freud en adelante, otros autores preferirán hablar de *represión primaria* y subdividir a esta en dos etapas: la de la represión primera o primordial, equivalente a la que estamos llamando *originaria* (debida, de acuerdo con Freud, a la intensidad de la excitación y ruptura de la protección antiestímulo y generada sólo en base a contrainvestiduras que protegerían al aparato psíquico de una irrupción traumática), que iría seguida de una segunda etapa de la así titulada *represión primaria*, la cual correspondería a la represión del complejo de Edipo (también producida por contrainvestiduras) y que daría lugar a la amnesia infantil y al advenimiento del periodo de latencia. Luego, como también te encargas de consignar en tu artículo, sobrevendría la *represión secundaria, propiamente dicha, postedípica, postrepresión o represión a posteriori* (en cuyos mecanismos ya se suman la atracción de lo antes reprimido y las desinvestiduras de representaciones preconscientes). Todas estas denominaciones le caben a esta última forma de represión y cada una de ellas pone el énfasis en distintos aspectos de este proceso represivo.

En definitiva, en cuanto a denominaciones y precisiones: personalmente preferiría preservar la denominación de *represión originaria* para la *primitiva* y *primordial* (primera etapa de la llamada *represión primaria*), reservando el calificativo de *primaria* expresamente para la represión siguiente en el sentido temporal, que es la edípica, a la que habrá de seguirle la *secundaria* o *represión propiamente dicha*.

Pasemos a otro punto. Si bien para algunos autores la *represión originaria* tiene un origen filogenético, a mí en cambio me parece interesante y me convence más la idea de suponerle, al menos en parte, una naturaleza ontogenética, de modo tal que, de concepto mítico en las pocas ocasiones en que Freud se refirió a ella y que tú te encargas de recordar puntualmente, cabría concebirla como algo más tangible. Esto último resultaría válido especialmente desde la experiencia clínica de los analistas de niños, que están en primera fila para presenciar los fenómenos psíquicos tempranos y los consiguientes inicios de la estructuración de la psique.

Hasta donde sé, el que más ha hecho hincapié en la posibilidad de que la *represión originaria* pudiera poseer un origen postnatal ha sido Jean Laplanche, secundado por quien fuera su —brillante— discípula, Silvia Bleichmar, cosa que tú te encargas de mencionar. En este sentido cabría valorar en mucho la hipótesis laplancheana sobre la creación de la *represión originaria*, la que parte —cuándo no— de Freud y se ve asimismo influida por Lacan, hipótesis que se basa en los conceptos de primera *inscripción*, primera *fijación, objeto-fuente de la pulsión* (prototípicamente el pecho materno), *contrainvestidura* y la interesante propuesta del *significante enigmático* (que equivaldría a la representación de cosa en Freud, aunque lo de *significante* le viene de Lacan).

Una cuestión de gran interés en metapsicología está dada por el interrogarnos acerca de cuál es el *estatus tópico de las distintas inscripciones* en el aparato psíquico, lo que nos lleva a plantearnos, por ejemplo, qué es lo que subyacería bajo la *represión originaria*. En *Inhibición, síntoma y angustia* Freud relaciona

esta represión con el *trauma precoz*. Concretamente, desde esta perspectiva cabe pensar que las «huellas perceptivas» (como bien sabes, así le llaman César y Sara Botella), propias de dicho trauma, que no alcanzan la categoría de representación de cosa y que por tanto no formarán parte del circuito representacional y simbólico, condenadas a ser activadas y a la repetición y no evocables (lo que les otorga una potencialidad patógena), podrían estar bajo la barrera de la *represión originaria*. No obstante, me parece oportuno tener presente que autores postfreudianos como nuestro conocido —y reconocido— Norberto Marucco situarán estas huellas mnémicas dejadas por el trauma precoz (las «huellas del tiempo primordial», tal como les llamó Freud en 1920¹; «huellas mnémicas ingobernables», al decir de Marucco) más bien en el *inconsciente escindido*, del que, claro está, Freud no nos habló. Aludimos a un inconsciente que no ha sido producto de la represión y que tampoco encaja en la fracción inconsciente del yo, de acuerdo con el modelo de la segunda tópica. Inconsciente ... escindido? Sí, y tal como yo lo entiendo al menos, dado por una escisión debida a la desmentida igualmente precoz (el «enérgico mentís» según Rank, citado por Freud en *Lo ominoso*), ante la angustia de aniquilamiento experimentada por el bebé en el citado trauma temprano del desvalimiento (*Hilflosigkeit*), desmentida que daría lugar a este inconsciente escindido. Adhiero a esta propuesta de Marucco, la que, como sabemos, abre las puertas a la concepción de una tercera tópica, sostenida principalmente por el propio Marucco primero y el matrimonio Zukerfeld después. Como dice mi viejo amigo Rubén Zukerfeld, la tercera tópica se configura simplemente al incorporar al esquema freudiano de la segunda tópica la barra de la escisión, exponiendo como novedad un inconsciente escindido, el que se caracterizaría por no poseer una estructura representacional (y que tampoco contaría con el correspondiente sector de preconscious; sin, por lo tanto, posibilidades de arribar por esta vía a la representación de palabra), que coexistiría con el inconsciente reprimido, este último constituido, como tan claramente describes en tu artículo, a partir del

1. Freud, S. (1920), *Más allá del principio de placer*, O. C., Buenos Aires, A.E., XVIII.

necesario —por fundacional— pasaje por la *represión originaria*.

En cambio, para lo que se hallaría bajo la barrera de la *represión originaria* yo reservaría la inscripción de la experiencia de satisfacción, conformando la representación-cosa, con lo que creo estás de acuerdo, siendo además lo que propone Guillermo Brudny desde su concepción de la *represión primaria funcional*, como le llamó él. (La única de las tres formas de represión que éste menciona que yo podría equiparar estrictamente a la que aquí llamamos *represión originaria*). La representación-cosa es susceptible de ligazón psíquica y por consiguiente de ingresar en el circuito del deseo, circuito de la figurabilidad o representacional. Vale decir: esta inscripción es la que en definitiva daría origen a la *represión originaria*, por ende, de naturaleza ontogenética, represión que estaría en la base de las *fijaciones*, entendiendo por tales las ligaduras de la pulsión con la representación de cosa, lo que constituirá el punto de partida para la ligazón simbólica, una parte evocativa si se quiere, a través de la conexión ulterior con la representación de palabra. Asimismo, y según lo entiendo, esto supone la presencia en esta fracción del inconsciente del *significante enigmático* que postula Laplanche, susceptible de ser significado *après-coup* desde los complejos de Edipo y de castración.

Ahora bien, en este orden de cosas te preguntaría dónde ubicarías tú las *fantasías originarias (protofantasías)*, de presunta herencia filogenética según la polémica hipótesis de Freud. Por mi parte, tiendo a pensar que también se hallarían bajo la barrera de la *represión originaria*, en un inconsciente cuyos contenidos, al igual que los del escindido, nunca fueron ni serán conscientes *per se*.

Marucco dará otra vuelta de tuerca sobre este asunto al sugerir la posibilidad de que exista una cierta conexión entre el *inconsciente escindido* y el *inconsciente de la represión originaria*...

En lo que al parecer tú y yo tenemos opiniones diferentes es en lo concerniente al destino de lo no

representado. Así, en la página 43 dices: «El trauma de la no representación generada por las ausencias de la madre podrá ser reelaborado *après-coup* a través de la triangulación del complejo de Edipo, con el consiguiente establecimiento de la metáfora paterna». Es que, como lo he descripto en una anterior ocasión (2009)² y en lo que sigo a Freud (o al menos en lo que es mi personal lectura de su obra), estas «huellas del tiempo primordial», arcaicas e incipientes, dejadas por el trauma temprano, en tanto no han alcanzado el estado de representación de cosa se hallan fuera del circuito representacional; permanecen aisladas, decía Freud, «como un estado dentro de otro estado», por lo que en suma entiendo no podrán ser significadas *après-coup*, vale decir desde el Edipo y la castración. El trauma psíquico temprano sería, básicamente, irrepresentable; de ahí que autores como Roussillon le llamen *trauma prepsíquico*. En consecuencia, sin ligazón psíquica ni perspectivas de simbolización, estas huellas mnémicas escaparían a toda posibilidad de ser significadas *a posteriori*. Ahora bien, serán las *construcciones* del analista las que, también *a posteriori*, podrán conferirle significación a los traumas preverbales, brindar palabras a esas historias sin palabras, propiciar la ligazón de lo traumático e intentar impedir la compulsión de repetición más allá del principio de placer, la que se manifiesta en parte a través de «las conductas hiperactivas o patologías somáticas» que tú nombras, a pesar de la versión optimista de que con la repetición «más allá...» el aparato anímico procuraría ligar el trauma.

En tu riquísimo enfoque del tema de la represión incluyes además otro asunto que es objeto de mi más vivo interés y que desde hace años me viene ocupando: habida cuenta de que el yo —inconsciente— de la segunda tópica es por sí mismo el encargado de la represión, queda por precisar la participación que pudiera tener el superyó (en particular la instancia crítica, claro) en este proceso. Tú das por cierta dicha participación en lo que atañe a la represión secundaria (operando «como una gran contrainversión», en los términos de Freud y que nos has recordado) y por lo que también yo me inclino,

casi por razones de sentido común (al que nunca hay que perderlo, ni siquiera en cuestiones tan abstractas y que propulsan nuestra imaginación y especulación teórica como las que a menudo se nos presentan en el terreno de la metapsicología). Pero al leer a Freud nos encontramos con que este no reconoce esta posibilidad de manera definitiva, expresando sus dudas acerca de la verdadera dimensión que finalmente tendría esta función del superyó, si bien la señala en más de una ocasión. Tú mencionas precisamente una frase suya en *Inhibición, síntoma y angustia* en las que se reflejan estas dudas del padre del psicoanálisis. Te diré que a mí me parece muy coherente pensar que el superyó, sobre todo cuando se encuentra ya suficientemente consolidado, en circunstancias en que acontece el sepultamiento del complejo de Edipo y en su condición de heredero del mismo, incidirá, a partir de allí, perpetuando la prohibición de los deseos incestuosos y parricidas (yo añadiría que también de los fraticidas) y por ende participando en la represión secundaria o propiamente dicha. (Y acaso también desde un poco antes, mientras está teniendo lugar el proceso de represión primaria edípica). Así también lo consideró Strachey (1934), cuando en su famoso artículo «Naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis» señaló que, si el trabajo analítico traía como consecuencia una modificación cualitativa de la severidad del superyó del paciente, esta, entre otros resultados, coadyuvaría al vencimiento de la represión, que a la vez es una de las metas teóricas fundamentales del análisis de las neurosis. En cambio sería más dudoso el grado de participación de la instancia crítica o de sus predecesores en etapas preedípicas, esto último, claro está, siempre y cuando sostengamos el criterio, como es en mi caso, de que dicha instancia se va desarrollando gradualmente y no surge de la noche a la mañana al llegar al final del Edipo, sino que sería entonces cuando se consolidaría, posibilidad que por una única vez he encontrado que insinúa Freud, justamente en su artículo de 1925³, por mí mencionado renglones atrás. No obstante, y si me apuras, tendería a pensar que también ya habría una cierta represión, anterior a la etapa del Edipo freudiano

2. «Activación del trauma temprano». En E. Braier, *Hacer camino con Freud*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 2009 (Cap. 10).

3. Freud, S. (1926 [1925]), *Inhibición, síntoma y angustia*, O. C., Buenos Aires, A.E., XX.

tardío, propiciada y reforzada por la censura ejercida por estos predecesores del superyó.

He reservado para el final de estos comentarios las auspiciosas y prometedoras perspectivas de desarrollo teórico que abres en torno a la incidencia de las fallas en la instauración de la *represión originaria* en el seno de la psicopatología no neurótica y contemporánea, tema que ya merece un tratamiento aparte, como tú mismo lo señalas, así como también avanzas que en tales circunstancias ya no se trata de intentar un levantamiento de la represión, como en la cura-tipo de las neurosis, sino de su fortalecimiento. Estoy plenamente de acuerdo con ello. Este llamamiento tuyo me parece además un hallazgo de un mérito indiscutible; trátase de una observación particularmente sagaz y oportuna la tuya, acerca de la importancia y actualidad que debiéramos reconocerle al tema de la *represión originaria* (hasta ahora mayormente confinado al terreno de la especulación teórica) y en especial a sus falencias, dentro del campo de las patologías actuales, en el que este asunto cobra un mayor protagonismo que la represión a secas o secundaria. Pero entonces, acto seguido me pregunto: a través de nuestra práctica analítica, ¿cómo, de qué modo se podrá ayudar a reforzarla?, interrogante que me queda flotando y que se suma a varios otros que alimentan nuestros afanes investigativos. Desde luego, espero con sumo interés esta segunda parte que nos anuncias, que vendría a ser la inmediata continuación de este artículo tuyo y en la que además tienes pensado incluir material clínico. Esto último merece todavía un comentario, ya que, dicho sea de paso, considero que la metapsicología tiene que estar al servicio de una mejor comprensión de los fenómenos clínicos. Por mi parte no soy partidario de teorizar al divino botón, sino que estoy llevado por el propósito de intentar dilucidar los enigmas del funcionamiento del aparato psíquico, tanto patológico como normal, y cuánto más vinculadas puedan mostrarse estas elucubraciones a la observación clínica, tanto mejor será para su credibilidad, adopción y aplicación útil a los fines de nuestra tarea, que también cabe extender al terreno del psicoanálisis aplicado.

Tus trabajos son para mí el fruto de un estudioso e investigador de raza en el campo psicoanalítico, con una profunda vocación por el conocimiento en sí mismo por sobre todas las cosas, dotado de un interés y curiosidad ineludibles, auténticamente modesto y ajeno a los asuntos del poder y a contar batallitas. En ti encuentro, pues, un admirable e inmejorable compañero de ruta en los caminos abiertos por Freud, que no puede menos que estimularme con su actitud y con sus producciones para seguir adelante en este cometido.

Cabe agradecerte todo esto, pero también me queda agradecerte mucho por citarme generosamente en este artículo. Y no quiero dejar de comentarte que mencionas a algunos colegas, compatriotas míos muy reconocidos en Argentina y en otros países por su erudición de la obra freudiana, que han sido muy importantes en mi propia formación psicoanalítica. Por eso tu texto ha contribuido, inesperadamente además, a emocionarme. Me refiero, entre otros y muy especialmente, además del querido Norberto Marucco, a Guillermo Brudny, ya fallecido, gran estudioso de Freud y bellísima persona, cuyos desarrollos tomas muy en cuenta en este trabajo y con quien me analicé un tiempo, así como a mi inolvidable maestro en el estudio de las obras de Freud que fue Rubén Piedimonte, quien hace mucho también nos dejó. Resta nombrar a un conocido y entrañable maestro nuestro, David Maldavsky, que afortunadamente nos ha visitado en Barcelona en numerosas oportunidades y esperamos que así siga siendo por largos años, para transmitirnos sus originales ideas, y lo ha hecho dentro de la asociación en la que tú y yo somos compañeros desde hace tanto tiempo, que no es otra que Grativa. Te cuento que, con David, antes de yo llegar a estas tierras, ya venía estudiando y supervisando mi tarea clínica y mi producción en Buenos Aires y siempre me han deslumbrado su prodigiosa erudición y lo que ya parece ser su inagotable creatividad.

No olvido el momento en que me alentaste a reunir algunos de mis trabajos en un libro, que finalmente logré plasmar años atrás. Ahora soy yo quien públicamente no puede ser menos y a la recíproca decirte, querido

Luis, que ya es tiempo de que agrupes tus numerosos y valiosos trabajos de por lo menos los últimos quince años (la inmensa mayoría de ellos publicados en esta misma revista que hoy nos permite este intercambio) en un volumen. Casi todos estos escritos giran en torno a temas de la metapsicología freudiana, que a partir de una lectura rigurosa has reelaborado con tu exhaustiva, a la vez que personal y sutil visión, o al menos están fuertemente basados en las teorías del inventor del psicoanálisis, de modo que de hecho estos escritos tuyos tienen un común denominador. Ello se presta para que sean expuestos en un texto unificador, que seguramente será muy bien recibido por todos aquellos que amamos el psicoanálisis.

Abrazos hondos,

Eduardo.

Eduardo Braier
Salvador Espriu, 69/71, 6º 2ª
08005 Barcelona
[T] 932213094
[@] eabraier@telefonica.net